

LATINOAMERICA

CUADERNOS DE CULTURA LATINOAMERICANA

38

ANTONIO CASO
MEXICO Y SUS PROBLEMAS



COORDINACION DE HUMANIDADES
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS/
Facultad de Filosofía y Letras
UNION DE UNIVERSIDADES
DE AMERICA LATINA

UNAM

ANTONIO CASO
MEXICO Y SUS PROBLEMAS



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
COORDINACIÓN DE HUMANIDADES
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
Facultad de Filosofía y Letras
UNIÓN DE UNIVERSIDADES DE AMÉRICA LATINA

Antonio Caso (1883-1946), filósofo mexicano. Se forma en la Escuela Preparatoria creada por el positivista Gabino Barreda. Abogado, se interesa vivamente por la filosofía. Con Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña y otros funda, en 1908, el Ateneo de la Juventud. En 1910 Justo Sierra, animador de múltiples cambios en el campo cultural, inaugura la Universidad Nacional de México (Cf LATINOAMÉRICA 5). En ese mismo año da inicio el movimiento popular de la Revolución Mexicana. Caso, junto con los miembros de su generación y desde el Ateneo da la batalla al positivismo que había dado justificación ideológica a la dictadura y oligarquía porfirista. Caso hace sus nuevas expresiones de la filosofía europea como Boutrux y Bergson. Escribe un pequeño libro en 1919 que será expresión de su postura antipositivista: *La existencia como economía, como desinterés y como caridad*.

Desde su cátedra en la Escuela de Altos Estudios que dirige en varias ocasiones, Antonio Caso forma múltiples discípulos. Espíritu abierto a todas las corrientes filosóficas, da a conocer, entre otros, a Meyerson, Husserl, Heidegger. Se puede afirmar, sin equívoco, que fue de su magisterio que surgió la Escuela Filosófica Mexicana en sus múltiples expresiones.

Caso, como los miembros de su generación, estaba preocupado por los problemas de la cultura mexicana y, como expresión más amplia de los mismos, por los de la cultura latinoamericana. Pero consideraba que era menester partir de lo concreto, la realidad inmediata, que en su caso era México, y sólo de aquí saltar a lo universal. "Alas y Plomo". El plomo de la propia realidad para así elevarse a lo universal, con firmeza. Este trabajo forma parte de su libro, *México, apuntamientos de cultura patria*. Luego acuña la palabra *bovarismo*, de la heroína de Flaubert. Que es la situación propia de esta nuestra América, de hombres que sueñan ser lo que no son en detrimento de su propia realidad. Realidad de la que había de partirse.

MÉXICO Y SUS PROBLEMAS

Antonio Caso

I

EL CONFLICTO DE NUESTRA DEMOCRACIA

El mundo contemporáneo se gobierna democráticamente, o tiende a hacerlo por modo incontrastable, a causa de una de esas razones capitales que, gracias a su evidencia, ahorra ulteriores desarrollos y corroboraciones subsidiarias: en virtud de que no puede gobernarse de otro modo. *La soberanía radica esencial y originalmente en el pueblo*, como dice la *Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos*, porque, a medida que han pasado los siglos, cuantos orígenes pudieron asignarse a la fuerza pública, más bien dicho, cuantos respetos y acatamientos humanos existieron capaces de arraigar y sostener instituciones políticas, han desaparecido; todas las tradiciones, antes veneradas, se han deshecho y perdido, o quizás se han sumado en el único respeto, en la sola tradición que constituye la fuente inequívoca de la soberanía, la masa humana, el pueblo.

Cuando se dice que el mundo contemporáneo se gobierna democráticamente, no se quiere significar, sin embargo, que el verdadero gobierno del pueblo por el pueblo, que es lo que etimológicamente ha de entenderse por la palabra democracia, se haya logrado en todas partes. Demasiado se sabe que la democracia perfecta no ha existido, y que acaso nunca haya de existir tal régimen supremo. Es ley esencial, principio inflexible de los esfuerzos humanos individuales y sociales, políticos y no políticos, tender constantemente hacia fines últimos y eternos, y no lograr, a pesar de ello, la plena consecución, el auge pleno de los más santos y caros ideales; pero, seguramente, vale más pugnar por conseguir una situación mejor, aun cuando nunca hubiere de lograrse tal estado, que contentarse con la realidad actual, imperfecta y condenable por más de una razón. Vale más saber esperar que saber conformarse.

Así, pues, la democracia, que por motivos incuestionables tiene que ser la fórmula política única de los pueblos modernos, es, al mismo tiempo, una necesidad ingente y un

ideal insuperable; algo que brota de las condiciones mismas de la civilización contemporánea, y algo que, en la esfera purísima de las ideas, responde a la noción más alta de justicia: el gobierno de todos por todos, la participación universal en la organización política, la atomización de la fuerza, la armonía colectiva de gobernantes y gobernados.

Cuando en torno de un hombre, el rey, el emperador, el autócrata, vástago de una estirpe ilustre, depositario y símbolo de las grandezas de un pueblo, parte material y humana de la patria inmaterial, representación individualísima del alma colectiva de una nación, se agrupaban los súbditos como en torno de un estandarte de victoria, la soberanía residía real y positivamente en el monarca por el consentimiento unánime de la multitud; en él se sumaba, sin metáfora, todo el esplendor de la raza; y sus designios, aprobados y acatados por el pueblo, eran los designios de la colectividad en que imperaba. Pero hoy, ¿qué rey, qué emperador, qué caudillo, qué hombre concentra en sí mismo tan glorioso imperio? ¿En qué nación europea o americana dejaría el pueblo imperar al autócrata con dominio absoluto? El régimen constitucional del mundo ha establecido, en todas partes, ese interesante *equilibrio inestable* de reyes y parlamentos; y día vendrá no muy lejano, en que el equilibrio se rompa; y una vez suprimido el último respeto, la última tradición secular, los reyes, venerables restos de tradiciones que se mueren ante nuestros ojos, desaparecerán para siempre lo mismo en Portugal que en Inglaterra, lo mismo en Rusia que en España. Hacia ese término preciso se encamina la evolución de las civilizaciones modernas.

En nuestra América el rey no existe y casi no ha existido en la historia; pero existe y ha existido siempre el caudillo; un rey temporal, generalmente más autoritario y pujante que muchos monarcas, un rey a título precario que, en un instante dado, gobierna fuera de la ley, sobre la ley, contra la ley misma; y gobierna hasta que el pueblo le concede su favor, su aceptación, su respeto; pero llega un día en que el pueblo desacata al caudillo, vuelve a la ley, abomina del hombre; y entonces toda su majestad se aniquila, se desconocen sus servicios, se condena su dictadura, y el que antes fuera temido como un dios, es objeto más tarde del ludibrio y la ingratitud de los hombres.

Hoy cada quien nace consciente de su autonomía, más o menos circunstanciada y relativa. Todos sabemos que esencialmente somos libres y dueños de nosotros mismos, y rechazamos por ende el gobierno tradicional, como hemos rechazado otras muchas tradiciones políticas, civiles y religio-

sas. En este constante derrumbamiento de hábitos y tradiciones que es una de las características de nuestro tiempo, el gobierno tiene que ser democrático aun cuando fuere imperfecto. Nuestra libertad sólo se subordina a la libertad de todos; nuestra personalidad, que se sentiría menoscabada al inclinarse ante un hombre, no se lastima cuando se somete a la voluntad del conjunto. Por esto habremos de ser demócratas; porque si el gobierno debe existir, sólo puede basarse en el consentimiento mutuo, en la cooperación dentro de la ley, en el convencimiento de que, al someternos a un régimen, a un poder, somos una parte de ese régimen y reside en nosotros una partícula de esa fuerza. Así es menos lastimosa esta triste necesidad social de obedecer, y menos irritante esta dolorosa prerrogativa de mandar.

Pero si se pretende imperar negándonos toda participación en el mando, de fijo que protestamos, de fijo que reclamaremos el goce político de pensar que, al mandar y al obedecer, no hacemos sino imperar y cumplir lo querido por nosotros mismos; y, tarde o temprano se reducirá a la impotencia quien, en un instante dado, pudo creer que gobernaría sin nosotros. La democracia es la fórmula política del personalismo moderno, cada vez más intrépido y celoso de sus prerrogativas esenciales; y, como es, al mismo tiempo, el régimen político absoluto, la perfecta colaboración del conjunto en la cosa pública; el ideal que nos inspira y la realidad que nos sustenta coadyuvan en pro del desenvolvimiento fatal de las ideas y los sentimientos democráticos. Pretender oponerse a tal ímpetu evolutivo, es desconocer profundamente las grandes corrientes sociales, empañarse en constreñir el empuje avasallador de la Historia.

En síntesis puede decirse que el conflicto interno de todas las democracias modernas es éste: tal fórmula de gobierno se impone por virtud de necesidades sociales y psicológicas apremiantes, es el último progreso de las instituciones políticas, pero, aun cuando no sea concebible otra forma de gobierno, todavía están lejos los hombres de poder vivir como tienen que vivir y como deben vivir políticamente; todavía la pobreza, la ignorancia y la injusticia impiden el advenimiento de la era de las democracias perfectas.

Aplicando a nuestro propio ambiente social las ideas generales anteriormente expuestas, es posible elucidar las condiciones peculiares a nuestra democracia, y formarse opinión adecuada de los obstáculos que se oponen, en lo interior de nuestro ser político, al triunfo de las prácticas democráticas. Señalemos, en rápida síntesis, los remedios oportunos de nuestra situación actual, indecisa, inquietante, dra-

mática.

La Constitución del 57 proclama que México es una república democrática, representativa, federal; es decir, que nuestra nación ha de regirse por un gobierno idealmente perfecto. Puede afirmarse que desde el año de 1857 hasta este de 1913, la Constitución ha regido soberanamente en el papel venerable en que está escrita, pero ni media hora ha sido, como debe ser, la ley fundamental de nuestros gobernantes, la norma suprema de nuestras actividades nacionales. ¿Quiere decir esto que todos nuestros gobiernos han sido malos o que la Constitución es algo completamente irrealizable? ¿Significa la comprobación de este hecho que debemos modificar el Pacto Federal para ser felices, o que habremos de seguir siendo infelices dentro de las prescripciones del Pacto Federal? ¿Es México, por ventura, un pueblo inadaptable a las condiciones de la civilización contemporánea, o las actuales circunstancias de nuestra vida política son, *mutatis mutandis*, las de todos los pueblos de la tierra? He aquí las interrogaciones que formula nuestra conciencia a propósito del drama interno de nuestra democracia. ¿Será la Constitución del 57 la causa de todos nuestros malos gobiernos y de nuestras incomparables revoluciones intestinas...? La respuesta se impone: hay que adaptar las prescripciones de la Constitución al ambiente histórico y moral, y practicar, después de la reforma, la firme voluntad de cumplir los preceptos modificados y formulados. La ley es siempre un *bovarismo*, que desconoce por completo las condiciones de la realidad, es un mal, y el que logra sintetizarlas con las formas imperativas del ideal, es el mayor de los bienes jurídicos y políticos. Es necio declarar que la democracia no puede proponerse a nuestro pueblo para su forma de gobierno; pero es demencia querer alcanzar la perfección sin el esfuerzo combinado de las generaciones.

Los conceptos generales anteriormente apuntados sirven para proporcionarnos una primera solución, el principio de una solución, a las graves dubitaciones que antes también se propusieron. En suma, lo que comprobamos es que México es una democracia imperfecta, a las veces, trágicamente imperfecta; pero, así y todo, México no es una excepción entre los pueblos ni un monstruo entre las naciones. Es, simplemente, una de tantas sociedades contemporáneas en las que la democracia, a pesar de ser la única forma de gobierno posible, y la sola preconizada por la justicia absoluta, no puede realizarse por completo; en la que, acaso, existen más causas negativas, más condiciones contrariantes del ideal po-

lítico que ansiosamente se busca.

Fuimos una colonia española y nuestros mayores hicieron, apresuradamente, de nosotros una república federal y democrática. Somos un sincretismo de razas distintas, una síntesis, un tanto abigarrada, de culturas diversas, un país de vastísimo territorio, y además, un país con formidables problemas étnicos y agrarios, con problemas pavorosos, relativos a la educación pública, a la organización de la justicia, al ejercicio orgánico del sufragio. Pero existen otras naciones, gemelas nuestras, hijas de España y sus tradiciones, herederas de su genio colectivo, que, como nosotros, tienen los mismos problemas, la propia organización política, el mismo origen étnico, la misma enorme riqueza potencial de nuestro suelo y la propia falta real y actual de recursos económicos.

Nuestros mayores nos declararon prematuramente republicanos y demócratas. —Oscar Wilde ha dicho con su habitual ingenio de brillantes paradojas: *lo que es prematuro es perfecto*—. No vamos a creer a Oscar Wilde; pero disculpemos la actitud quijotesca de los jacobinos, diciendo en su abono que, cuando nos erigieron en república democrática, tenían el ideal contemporáneo, habían perdido ya el respeto hacia las tradiciones políticas del régimen colonial, y el pueblo mexicano lo iba a perder también con ellos.

Habría sido mejor, sin duda, un tránsito menos brusco, una historia nacional menos dramática, de lenta evolución, de gestación pausada, acompasada, *uniformemente acelerada*, como dicen los matemáticos; pero las naciones no marchan acompasadamente, porque no sólo las guía la *pura razón*, sino el sentimiento; ni es geométrico y exacto su destino; ni, sobre todo, es tiempo ahora de pensar lo que habría podido o debido acontecer, sino de aceptar lo acaecido, todo lo acaecido, errores y verdades, *bovarismos* y quijotismos generosos e imperfectos, de robustecer nuestro amor a México tal como es y ha sido, y de subordinar los intereses menores al supremo interés de la patria.

Sucede en varios casos que un revolucionario, un apóstol delata ante el pueblo los defectos de determinado gobierno; el pueblo se convence de la justicia que asiste al que los muestra, lo sigue, lo aclama, lo hace triunfar; y, cuando llega él, a su vez, a ser gobernante, reaparecen los defectos apuntados, y quienes antes los condenaron los cometen ahora, dando margen a que otros, como ellos, se lancen a delatarlos, para después no poder evitar cuando logran escalar las magistraturas supremas.

Este es el esquema de nuestras revoluciones, la síntesis de nuestras vicisitudes; pero hay que advertir que, a cada paso, se adelanta algo. Las libertades que anteriormente no se tuvieron, se disfrutaban más tarde, por más que parecían disminuirse momentáneamente; los impulsos que jamás se habían sentido, se sienten y prosperan; y en suma, siempre queda un acercamiento al propósito último, al fin superior que se persigue a través de los años y se va logrando todos los días, sin obtenerse nunca por completo. Esto es la vida individual y colectiva: la búsqueda de la felicidad absoluta, que nunca se halla, y el hallazgo de *algo mejor*, que se va construyendo cada día.

Para acelerar el movimiento, ya secular, de nuestra democracia, han de satisfacerse tres necesidades supremas: la económica, la jurídica, la intelectual; en otros términos, no debemos pensar en poder llegar a ser un pueblo fuerte, si no poseemos las tres virtudes correspondientes: riqueza, justicia, ilustración: *virtudes cardinales* de las verdaderas democracias como Francia, Suiza o los Estados Unidos. Mas es inútil bregar por su consecución, si no vivimos en el ambiente propicio de la libertad. No puede establecerse una política agraria adecuada, sin el ejercicio más o menos imperfecto de la democracia; no puede alcanzarse el funcionamiento adecuado de la justicia, sin la propia base de libertad; ni la política nacional de la instrucción pública será oportuna, fuera del libre ejercicio del sufragio. El error del gran gobernante Porfirio Díaz consistió en preferir sistemáticamente el desarrollo de los factores económicos, en creer que la riqueza es el solo asiento de los gobiernos fuertes; y sobre todo, en pensar que el bienestar nacional exigía la supresión de las prácticas democráticas; por esto, su gobierno, que aconsejaba el lema *poca política y mucha administración*, cayó vencido. El apostolado político de Francisco I. Madero preconizó lo contrario, y éste es su principal acierto, su noble virtud para la historia, en medio de los errores graves o leves en que pudo incurrir, en que seguramente incurrió. Prosperidad económica social, no industrial, no comercial, no capitalista, no circunscrita; justicia, instrucción pública; tales deben ser los *desiderata* de los mexicanos de buena voluntad. Pero mientras nuestro pueblo no exija a sus gobiernos la práctica de las instituciones democráticas, las prescripciones del derecho serán ilusorias; nuestra vida política adolecerá de sus defectos característicos, de sus perennes imperfecciones, y el conflicto interno de nuestra democracia persistirá con sus dramáticos efectos, nutriéndose constantemente de sí mismo.

II

LOS PROBLEMAS NACIONALES

Los problemas nacionales jamás se han resuelto sucesivamente. Como nuestras necesidades, a medida que pasa el tiempo, se acumulan y quedan sin satisfacción adecuada, la única solución posible es la trágica, esto es, la guerra civil. Otros pueblos, más felices que el nuestro, han ido resolviendo, por partes, sucesivamente, como dijimos antes, sus cuestiones políticas y sociales. México, en vez de seguir un proceso dialéctico uniforme y graduado, ha procedido acumulativamente. Por esta razón, a veces la patria misma parece peligrar, si intenta buscar un término a sus desventuras consustanciales. Pero no ha dependido sólo de nosotros el que nuestros problemas se acumulen y nos dejen perplejos ante la realidad social y nos tornen revolucionarios inveterados. Causas profundas, que preceden a la Conquista, y otras más, que después se han conjugado con las primeras, y todas entre sí, han engendrado el formidable problema nacional, tan abstruso y difícil, tan dramático y desolador.

Desde el punto de vista de la civilización, es claro que la Conquista fue un bien inmenso. Europa, gracias a España, realizó en América la más extraordinaria ampliación de sus posibilidades de desarrollo cultural. Pero, desde el punto de la felicidad humana (que es el más alto y el mejor para juzgar de los actos de un grupo humano), la Conquista fue un mal, un inmenso mal para los aborígenes del Anáhuac.

Dícese comúnmente que el español vino a dar al traste con los ídolos y sacrificios humanos, y plantó sobre las ruinas de los teocalis paganos, la cruz cristiana. Sí. Esto implica, asimismo, un dolor, un martirio, y, sobre todo, un problema difícilísimo de resolver en la historia mexicana: la adaptación de dos grupos humanos a muy diverso grado de cultura. Cortés frente a los aztecas, es tanto como el Renacimiento europeo frente a los imperios del oriente clásico, que inician la historia. ¿Cómo formar un pueblo con culturas tan disímiles? ¿Cómo realizar un "alma colectiva" con factores tan heterogéneos? ¿Cómo, en fin, conjugar en un todo congruente, la incongruencia misma de la Conquista? . . . Con sacrificios humanos y organización bárbara y feudal, nuestros antepasados fueron menos civilizados, pero más felices que nosotros.

Durante siglos se prosiguió en el empeño de amalga-

miento y síntesis. Los numerosos lustros del virreinato, los larguísimos años de dominación española, significaron ese esfuerzo de mutua inteligencia de los factores que sumó violentamente la Conquista; pero, mientras Nueva España continuaba su lenta vida colonial, los pueblos de civilización europea habían inventado y procuraban ensayar y realizar ideologías políticas y sociales nuevas, que rompieron la muralla china del aislamiento en que a sus colonias tuvo la metrópoli; y, al realizarse la independencia, el imperio de Agustín I fue ya imposible. Las ideas revolucionarias francesas y el ejemplo de los Estados Unidos derribaron el trono (que habría podido darnos la paz y el desarrollo orgánico que sus emperadores dieron al Brasil), y nos declaramos, a destiempo, demócratas y republicanos federales. Esto no es simplemente consecuencia de una "imitación extralógica" e irreflexible. Los hombres todos, mexicanos o no, buscamos siempre lo que creemos mejor, y, claro está, tendemos a ensayarlo en nuestros propios asuntos y problemas; pero las condiciones de México hicieron que, como no se había resuelto aún el problema de la Conquista (la unificación de la raza, la homogeneidad de la cultura), el esfuerzo democrático resultara fallido. ¿Culpa de quién? De nadie; de la fatalidad histórica que nos refirió a la cultura europea, desde el Renacimiento, y que nos hace venir dando tumbos sobre cada uno de los episodios de nuestra historia atribulada.

La democracia plena impone, como necesidad o requisito previo, la unidad racial, el trato humano uniforme; y en México esta uniformidad, esta unidad no ha existido nunca.

Mientras no resolvamos nuestro problema antropológico, racial y espiritual; mientras exista una gran diferencia humana de grupo a grupo social y de individuo a individuo, la democracia mexicana será imperfecta; una de las más imperfectas de la historia. Pero es imbécil decir que no nos hallamos preparados para realizarla por completo, y que, por tanto, debemos optar por otra forma de gobierno diferente. Los fusilamientos de Padilla y el Cerro de las Campanas, probarán siempre que en el suelo de México no arraigan imperios. Lo que arraiga es la tragedia terrible en que vivimos, en que nos movemos y somos.

El último episodio de la imitación de las ideologías sociales y políticas de Europa en nuestro ambiente nacional, es el socialismo, el bolcheviquismo. Lo propio que dejamos dicho de la historia de la democracia mexicana, diremos de la nueva tesis, cuya dialéctica social apenas si se inicia. El

socialismo, teóricamente, como reivindicación de bienes humanos conculcados a los desposeídos por los poderosos es, más que una idea plausible, una verdad indudable. Su aplicación a nuestro medio histórico y orgánico tropezará, no obstante, con tantos obstáculos o más, como halló la democracia en el siglo XIX. ¡Todavía no resolvemos el problema que nos legó España con la Conquista; aún no resolvemos tampoco la cuestión de la democracia, y ya está sobre el tapete de la discusión histórica el socialismo en su forma más aguda y apremiante! . . . Así será siempre nuestra vida nacional, nuestra actividad propia y genuina. Consistirá en una serie de tesis diversas, imperfectamente realizadas en parte y a pesar de ello urgentes todas para la conciencia colectiva; todas enérgicas y dinámicas. Porque estas diversas teorías sociales, no nacieron de las entrañas de la patria; sino que proceden de la evolución de la conciencia europea y han irradiado de ahí hasta nosotros.

¿Y la solución posible de las cuestiones nacionales? Difícilmente la concebimos. Los proletarios tienen derecho de ambicionar, como sus hermanos de Europa y los Estados Unidos, la reivindicación que los fascina. Los demócratas tienen razón de propugnar el triunfo de sus ideales democráticos. Los mexicanos todos habremos de seguir siendo mexicanos; esto es, llevaremos implícitas las determinaciones y limitaciones de nuestra historia.

El drama no terminará nunca. Un siglo hemos gastado en perenne revuelta y así seguiremos —si las condiciones internacionales no nos obligan a otra cosa—, hasta poner de acuerdo los ideales extranjeros, pero no extraños, con lo propio vernáculo; y si carecemos de capacidad y fortaleza, pereceremos en la contienda. Detenernos es imposible. ¡Dios nos acompañe! ¡Quizás el problema de la Patria, como todas las cuestiones que no se acierta a resolver, sea solamente un sutil, un arcano problema de amor!

III

LAS FUERZAS SOCIALES DE MÉXICO Y LA CONSTITUCIÓN

La ley tiene una doble misión que cumplir. El derecho afianza su imperio sobre la realidad y mira hacia el ideal. Una disposición legislativa que se contrae a sancionar los aspectos actuales de la vida social, y no tiende a introducir la mejoría de la convivencia humana, es mala, por deficiente; pero, un derecho que de tal modo se eleva sobre las condiciones del momento histórico, pregonando síntesis inasequibles, es, cuando más, una utopía sin sentido, y puede convertirse en rémora o estorbo del movimiento realmente progresivo.

La misión del legislador estriba en ir encarnando, paulatinamente, en su esfuerzo, el ideal que persigue. Los legisladores sin arraigo en la vida, son absurdos. Los autores de leyes que se ciñen sin discrepancia a lo existente (imperfecto siempre en un momento dado), también lo son. La ley ejemplar funciona como estímulo de mejoramiento, sin desdeñar, pero sin confesar, como algo absoluto, el presente, nunca perfecto y siempre perfectible. Es decir, la verdadera ninfa Egeria es la prudencia. Ni Sancho ni Quijote. Ni grillete que impida andar, ni explosivo que desbarate; sino ánimo firme y constante de lograr algo mejor, sabiendo, a pesar de ello, que la victoria verdadera se alcanza si se pone plomo a las alas.

Nuestras Constituciones políticas han sido siempre el arma victoriosa de un partido. No son la ley ambicionada por todos los mexicanos, sino la ley que unos mexicanos han deseado imponer a sus compatriotas. Algo semejante, es verdad, ha acaecido en todas partes; pero, en México, . . . la ley, mejor que interpretar el hecho social de acuerdo con un designio, ha pretendido crearlo; y la taumaturgia jurídica florece, regularmente, en la inobediencia sistemática del precepto o en la tragedia de la revolución.

Comonfort es la víctima más ilustre de cuantas ofrece la historia patria, en holocausto a las leyes ideales que, al exceder la realidad, han terminado por provocar la catástrofe; refiriéndose al porvenir, como si ya estuviese integrado en el presente, y no al presente mismo, siempre preñado con los gérmenes del futuro.

El caudillo fue noble y era leal. La misma ciudad de México respetó su desgracia, en los instantes más conmovedores de su actuación; porque el valor y la probidad son

siempre respetables, aun en medio de la derrota; y, no porque el jacobinismo triunfara al fin con sus grandes apóstoles los Ocampo y los Juárez, deja de ser memorable la actitud del soldado que venció a Santa Anna, desde el instante en que, encerrado en San Diego de Acapulco, desdeñó las co-rruptelas y los ofrecimientos del tirano.

Si la historia nacional ha de servirnos de algo; si constantemente el futuro reproduce el pasado, sin copiarlo por completo, como un tema musical vuelve sobre sí mismo, y varía al tender a repetirse siempre; si el ritmo es la ley universal, lo mismo en el mundo físico que en el mundo moral, veamos en el ejemplo de aquel denodado campeón de la libertad, una actitud respetable, que mucho nos puede enseñar en estos tiempos de reivindicaciones absolutas.

Cuatro son las fuerzas sociales de México. Las cuatro deben informar la Constitución. ¿La informan realmente?

El gran socialista alemán Fernando Lassalle, en su admirable Conferencia pronunciada ante diversas asociaciones políticas de Berlín, en el año de 1862, decía a los proletarios de Prusia: "Las relaciones reales de dominio y subordinación que se hallan en toda sociedad, constituyen la fuerza activa, que determina todas las leyes e instituciones jurídicas; de modo que, en lo esencial, jamás pueden ser diferentes de como son en realidad. . . *La Constitución de un país se encuentra, por tanto, definida por la relación de las fuerzas reales que existen en esa nación*".

En México hay una "fuerza real", como diría Lassalle, incuestionable: el Ejército. El Ejército es, pues, un fragmento de la Constitución.

Los banqueros, los grandes propietarios, los acaudalados por razones de fortuna o herencia, también tienen poder. El Ejército posee bayonetas, cañones y carabinas; los banqueros y terratenientes tienen oro. Repitamos, a su respecto, la enérgica expresión de Lassalle, ante el proletariado de Berlín: "Bien veis, señores, que los capitalistas Mendelsohn, Schickler y la Bolsa en general, forman un fragmento de la Constitución".

La otra fuerza social mexicana es el proletariado mismo.

Quien pretendiera desdeñarlo no entendería el tiempo en que vive, ni las necesidades de la sociedad a que pertenece. Los proletarios son fuertes porque están unidos; porque, como dice Campoamor:

*En vez de los pocos muchos
valen más los muchos pocos.*

Por tanto, el sindicalismo obrero es otro fragmento de la Constitución.

La cuarta fuerza social de la República Mexicana es la Iglesia Católica.

Aún podríamos señalar otra fuerza más, que constantemente ha venido actuando en las dolorosas páginas de nuestra historia; pero no pronunciaremos su nombre, por un inviolable pudor de mexicanos. Es la acción de cierta Potencia del mundo, que exige de nuestras leyes y nuestros jueces penosas excepciones en su favor, y alguna vez logra conseguirlas. Pero esta fuerza nunca será un fragmento de la Constitución, o México deja de ser como nación independiente. La realidad social mexicana es esta que decimos.

ALAS Y PLOMO

Una de las leyes fundamentales de la actividad social es la imitación. No sólo de la vida social, sino de la vida psicológica. Se imita mucho más de lo que se inventa, y, al inventar, es más lo que se imita que lo que se inventa. El más grande de los ingenios que honran a la humanidad debe mucho más a sus precursores que a su propio ingenio. Un Newton, un Einstein, un Descartes están contenidos en sus predecesores, y parecen desarrollar, explícitamente, lo implícito en ellos. El cartesianismo está en su principio fundamental, dentro de las disputas de San Agustín contra los escépticos de su tiempo. el *dubito, ergo cogito, ergo sum* es el propio argumento del obispo de Hipona contra los académicos. Comte es un católico que conserva el formalismo de la Iglesia y lo sintetiza con ideas de Diderot, Hume, Turgot y Condorcet. La invención genial flota, si así puede hablarse, en la atmósfera intelectual de la época que la engendra. Esto ni significa rebajar o menospreciar al individuo de excepción, sino situarlo, positivamente, en su ambiente histórico. No es un arcángel que deslumbra a seres inferiores que, sonámbulos, lo siguen, como pensó Carlyle; sino, como opina Gabriel Tarde, un hombre que sabe auscultar con finura y precisión el alma de sus contemporáneos. Es el "alma de mil almas", que dice Shakespeare; pero alma humanísima, en suma.

Hay pueblos que inventan como hay hombres que inventan; y pueblos que imitan como imitamos los individuos; pero unos y otros no son de diversa naturaleza. Toda sociedad humana es capaz de exaltación y rendimiento de provecho máximo. Las llamadas razas inferiores pueden hacerse valer y transformarse en semilleros de actividad intelectual y moral. En el siglo xvii, se creía que los alemanes no eran, como los franceses, capaces de poseer una literatura vernácula personal, superior. Bastó la *Dramaturgia* de Lessing para probar al mundo, no sólo que Alemania podía tener una literatura propia, sino que ya la tenía y la había olvidado para complacerse sin tino en la imitación de los productos del espíritu francés. Goethe, Herder, Schiller dieron al traste con la fábula ofensiva para el genio alemán, y, en nuestros días, se sabe que Alemania es maestra del mundo en letras, ciencias y filosofía. Todavía más, la evolución filosófica de Alemania es acaso el único fruto intelectual de la civilización cristiana que puede equipararse al desarrollo del

pensamiento helénico, de Pitágoras y Heráclito a Platón y Aristóteles. Se dice: Sócrates y Kant; son los dos Sócrates, los dos incomparables fundadores y renovadores de la historia del pensamiento.

México no ha sido un pueblo inventor. Nos referimos, claro está, a la nación mexicana derivada de España y la cultura autóctona; porque, esta última, lejos de significar poco en la evolución social del mundo, es, con la cultura incaica, una de las pocas elaboraciones originales de todos los tiempos. Su sitio colócase inmediatamente después de las grandes civilizaciones orientales: la china, la indostánica, la persa, la egipcia y la caldeoasiria.

Mas, si nuestros padres, conquistados por España, fueron originalísimos y profundamente inventores, nosotros no nos hemos distinguido por este don que refleja, mejor que otro cualquiera, los quilates del genio de una raza. Nuestras formas sociales y políticas proceden de Europa y los Estados Unidos de América. Así tenía que ser, en mucha parte, dado el corto lapso de nuestra vida independiente; pero urge ya, por la felicidad de nuestro pueblo, que cesemos de imitar regímenes político-sociales de Europa y nos apliquemos a desentrañar de las condiciones geográficas, políticas, artísticas, etcétera, de nuestra nación, los moldes mismos de nuestras leyes; la forma de nuestra convivencia; el ideal de nuestra actividad. No podemos seguir asimilando los atributos de otras vidas ajenas. Nuestra miseria contemporánea, nuestras revoluciones inveteradas, nuestra amargura trágica, son los frutos acerbos de la imitación irreflexiva. Seamos, en buena hora, demócratas, socialistas o fascistas; pero recordemos que nuestra democracia no puede ser la de los Gracos ni la de Lincoln; que nuestro socialismo no podría calcarse sobre la pauta asiática y mística de Lenin, ni nuestro espíritu conservador, revestir la indumentaria pintoresca de los súbditos del dictador Mussolini. Imitar sin cordura es el peor de los sofismas; y como, según dijo el gran poeta francés, "la justeza del entendimiento es la justicia del corazón, el sofisma burdo, la imitación ridícula, se convierte en crimen social. Imitar si no se puede hacer otra cosa; pero aun al imitar, inventar un tanto, *adaptar*; esto es, erigir la realidad social mexicana en elemento primero y primordial de toda palingenesia. ¡Más nos habría valido saber lo que hay en casa que importar del extranjero tesis discordantes con la palpitación del alma mexicana! El verdadero redentor no es el iluso que desconoce el suelo donde pisa, sino el sabio que combina lo real y lo ideal en proporciones armoniosas. Lo ideal no es lo irreal, sino la realidad misma

que se combina con la inteligencia y se depura y magnifica en ella.

¡Idealistas que os empeñáis en la salvación de la República, volved los ojos al suelo de México, a los recursos de México, a los hombres de México, a nuestras costumbres y nuestras tradiciones, a nuestras esperanzas y nuestros anhelos, a lo que somos en verdad! Sólo así nos conduciréis a un estado mejor y nos redimiréis de nuestro infortunio. Para salvarse precisa ante todo saber. El ensueño más puro es no más quimérico, si no afianza en “la santa realidad” y con ella se integra. Quien quiera volar ha de tener “alas y plomo”, que decía Bacon, ha de ser respetuoso y osado, “valiente y cortés”, como reza el proloquio castellano. Sin aspirar a algo mejor se retrocede sin remedio; pero sin saber con precisión a dónde se va, se fracasa, sin duda. ¡“Alas y plomo”; tal ha de ser el lema de nuestra redención ambicionada! La gravedad de la materia pondera la intrepidez del pensamiento. ¡México: Alas y Plomo!

*México, Apuntamientos de
Cultura Patria, 1943*

Siendo director general de Publicaciones José Dávalos
se terminó de imprimir en los talleres de Imprenta Madero, S. A.,
Avenida 102, México 13, D. F. en septiembre de 1979.
Se tiraron 10,000 ejemplares.

TOMO III:

21 José Vasconcelos, EL PENSAMIENTO LATINOAMERICANO. 22. Juan Marinello, LAS RAICES ANTIMPERIALISTAS DE JOSE MARTI. 23. Francisco de Miranda, PROCLAMACION A LOS PUEBLOS DEL CONTINENTE COLOMBIANO. 24. Abelardo Villegas, CULTURA Y POLITICA EN LATINOAMERICA. 25. Pedro Enríquez Ureña, LA UTOPIA DE AMERICA. LA AMERICA ESPAÑOLA Y SU ORIGINALIDAD. 26. Rómulo Gallegos, LA LIBERTAD Y LA CULTURA. 27. Domingo Faustino Sarmiento, CONFLICTO Y ARMONIA DE LAS RAZAS EN AMERICA (Conclusiones). 28. Manuel Maldonado-Denis, MARTI Y FANON. 29. Manuel González Prada, NUESTROS INDIOS. 30. Simón Bolívar, DISCURSO DE ANGOSTURA.

TOMO IV:

31. John L. Phelan, EL ORIGEN DE LA IDEA DE AMERICA. 32. José Gaos, ¿FILOSOFIA "AMERICA"? 33. Ezequiel Martínez Estrada, LA LITERATURA Y LA FORMACION DE LA CONCIENCIA NACIONAL. 34. José Carlos Mariátegui, ¿EXISTE UN PENSAMIENTO HISPANOAMERICANO? 35. João Cruz Costa, EL PENSAMIENTO BRASILEÑO. 36. Simón Rodríguez, DEFENSA DE BOLIVAR (fragmento). 37. María Elena Rodríguez de Magis, LATINOAMERICA EN LA CONCIENCIA ARGENTINA.



CREDITOS

RECTOR

Dr. Guillermo Soberón Acevedo

SECRETARIO GENERAL ACADEMICO

Dr. Fernando Pérez Correa

SECRETARIO GENERAL ADMINISTRATIVO

Ing. Gerardo Ferrando Bravo

DIRECTOR FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Dr. Abelardo Villegas

CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

Dr. Leopoldo Zea.

COORDINADOR DE HUMANIDADES

Dr. Leonel Pereznieta Castro

CENTRO DE ESTUDIOS SOBRE LA UNIVERSIDAD

Lic. Elena Jeannetti Dávila

UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA LATINA

Dr. Efrén C. del Pozo.